

**ÓSCAR W.
TABÁREZ**
**LAS
PUERTAS
DE LA
MEMORIA**

ÓSCAR W.
TABÁREZ

**LAS
PUERTAS
DE LA
MEMORIA**

El pasado es una casa

Mi madre fue una madre del Pereira Rossell. Dos de sus tres hijos, Walter y yo, nacimos allí. Williams, en cambio, nació en nuestra casa. Williams es tres años menor que yo; Walter, nueve. Nuestra casa era una vivienda con un espacio grande que servía de comedor y de lugar de reunión, al tiempo que para alguno de nosotros también funcionaba como dormitorio. Junto a esa habitación se encontraba el dormitorio de mis padres, compartido con alguno de sus hijos mientras todavía éramos pequeños. Hablo, por supuesto, de una vivienda muy humilde, pero también muy digna, gracias a lo que mi padre, Óscar Gabriel *el Negro* Tabárez, y mi madre, Zulma Élica *doña Chicha* Sclavo, aportaban para convertirla en un hogar. El hogar de mi infancia.

En el predio en el que estaba mi casa —junto a nosotros vivía mi abuela y a su lado un hermano de mi padre— no teníamos servicios sanitarios, aunque enfrente había casas de material. El barrio no era un asentamiento, pero sí había allí casas muy modestas, como la nuestra. Mi abuelo, a quien casi no conocí, vivía por General Flores e Industrias,

compró un predio en la esquina de Termópilas y Propios y se lo regaló a sus dos hijos menores: mi padre, que era el tercero, y al más chico de los hermanos, mi tío Ismael. Y allí levantaron sus casas ellos mismos y ahí vivieron con sus familias. Me acuerdo de que durante mi niñez mi padre a veces venía con compañeros de trabajo para ir haciendo una parte de la casa de bloques. Él se preocupaba por mejorar, y lo hacía en la medida de sus posibilidades. Además de los valores que le habían transmitido sus padres, para entender ese afán de estar mejor le doy mucha importancia a la escuela pública, fundamentalmente porque, como dijo José Pedro Varela, la escuela pública nos hacía sentir iguales a todos los que estábamos ahí. Yo siempre lo sentí así. El respeto como valor principal, respeto a los mayores, pero también hacia uno mismo, que no es otra cosa que la dignidad. Eso también lo creía mi padre, lo habíamos vivido ambos en nuestros pasajes por la escuela pública.

De niño, para mi familia y mis amigos yo era Washington. El nombre Óscar llegó recién en mi etapa de estudiante, por ser el primero, es decir, el que utilizaban al pasar la lista.

Desde mi casa hasta la escuela el recorrido era de siete u ocho cuadras, las primeras cinco en repecho. Siempre tengo presente ese recorrido, ese paisaje de mi infancia, puedo cerrar los ojos y volver a esas sensaciones. El esfuerzo de la subida, el calor y los olores; el regreso, en bajada, ya cansado por la jornada escolar. Jugábamos en plena calle, sin importarnos mucho el repecho, con una pelota de goma, y eludiendo a los policías en bicicleta que se aparecían atraídos por las denuncias de los vecinos. Aquellos partidos de fútbol

en la vía pública luego se pasaron a llamar «picados», pero en mi época se denominaban «a marcar». Cuando la pelota se rompía, le hacíamos un agujero con un clavo al rojo vivo para evitar que se siguiera rajando. Los sábados, mis padres nos daban a mí y a mis hermanos cuarenta céntimos para ir al cine del barrio, el Plus Ultra, donde veíamos tres o cuatro películas. Al cine siempre se iba con merienda, como a la escuela, con refuerzos, frutas o bizcochos. Cuando íbamos con mi madre al centro —para nosotros, el centro era General Flores—, veíamos en las vidrieras de las casas de electrodomésticos los primeros televisores en blanco y negro y nos quedábamos largo rato mirando aquella maravilla.

Pues bien, en 1994 yo era el entrenador del Cagliari, y cuando el campeonato italiano entró en receso por las fiestas de fin de año, vine a Montevideo. Tenía que asistir a una reunión de la Asociación de Entrenadores en una sala de Montevideo Shopping, pero antes me fui desde Malvín hasta el Cerrito para hacer aquel recorrido que había hecho tantas y tantas veces de niño, entre mi casa y mi escuela. Lo que comprobé es que ya no estaba allí. Estaba la calle, por supuesto, la escuela, y algunas de las casas seguían allí, pero todo lo demás no. Entonces, me hice la pregunta evidente: ¿qué era lo que había ido a buscar?

La respuesta me la había dado, sin saberlo, Obdulio Varela, mucho tiempo antes, a fines de los 70. Una vez, el doctor Nin, dirigente de Wanderers, me invitó a comer un asado en unos campos que tenía por la zona de Casupá. Fui a su casa, en Pocitos, y emprendimos viaje en su camioneta, un vehículo grande, con espacio para tres personas

adelante. A las pocas cuerdas, me dijo: «Nos vamos a desviar un poquito para buscar a alguien», y agarró para el lado del Cilindro. Cuando llegamos, veo que de una casa sale Obdulio Varela. Saluda y se sube. El doctor Nin manejaba, Obdulio en el medio y yo al lado. Íbamos charlando, yo un poco cohibido, porque aquello me parecía mentira, mi admiración por Obdulio siempre fue inmensa. De repente, en plena charla, Obdulio dijo:

—Esto es lo mismo que cuando los jugadores que van a jugar al exterior dicen que quieren volver porque extrañan los amigos, el barrio, el carnaval... —Hizo una pausa—. Todo mentira.

Entonces yo pensé: «Este hombre es Obdulio Varela, pero ¿cómo que es todo mentira? Esos jugadores deben extrañar, deben querer volver». Cuando le dije eso, me respondió:

—Están equivocados. No extrañan nada de lo que dicen, lo que extrañan es la juventud, que ya se fue.

Así que ahora vuelvo al presente, desde aquella tarde de 1994 en el Cerrito, pasando por la cabina de la camioneta del doctor Nin a fines de los 70, y pienso en mi sensación de extrañeza, caminando por Termópilas con casi cincuenta años y en la sabia sentencia de Obdulio, y pienso, también, porque es inevitable, en el momento actual de mi vida. Yo sé en qué etapa de la vida estoy y asumo que no puedo volver a la juventud, ni quedarme prendado de otros momentos, por más plenos y felices que hayan sido para mí, pero siempre he creído que el pasado es una casa a la que hay que visitar cada tanto, para rescatar allí algunas cosas que

puedan ser traídas hasta el presente: valores, convicciones, ideas y emociones que no deben perderse en el ayer, porque todavía tienen algo que aportarnos.

A veces está bien volver a esa casa, aunque es muy peligroso quedarse ahí: hay que ir y volver, para regresar al presente con algo que sea viejo y nuevo a la vez, aunque solo sea el calor de la calle al regreso de la escuela, por la bajada que me llevaba hasta mi casa, o el frío de la transpiración en invierno, cuando jugábamos a la pelota hasta que caía el sol, o el olor del pasto en una tarde de primavera, o el afecto que unía a todos los niños de aquella barra de la que formé parte, esa cohesión que conocí gracias a ellos y que luego supe reconocer en muchos de los equipos en los que jugué o a los que dirigí.

La barra de niños a la que yo pertenecía tenía por radio de acción la calle Termópilas hasta Roberto Koch. Rara vez íbamos hasta la cuadra que llegaba a la calle Juan José Quesada, donde Termópilas muere. La calle era nuestro escenario de juegos: la pelota, las bolitas, el trompo, las cometas, la escondida. Armábamos alboroto, como es natural, pero nunca contestábamos a los reproches de los vecinos que se quejaban del bullicio que hacíamos. El respeto a los mayores era un rasgo esencial de la barra en aquella época en la que cada tanto teníamos que parar el partido por el paso de un vehículo, al grito de «¡guambia el auto!», o cuando pasaban ancianos por la vereda o mujeres con niños.

La barra no tenía líderes definidos que marcaran pautas al resto. Cada uno tenía libertad para mostrarse como era, siguiendo su instinto gregario y participando del grupo con sus sentimientos, destrezas e inquietudes, sus anécdotas y su humor. A veces yo salía con la pelota a la calle y no había con quién jugar, así que me ponía a pegarle contra un muro o contra un tejido, para hacer más disfrutable la espera. Hasta que llegaba alguno de la barra que a veces ni siquiera necesitaba saludar, bastaba con que se parara como para recibir la pelota para que el juego dejara de ser individual y se convirtiera en un disfrute compartido. A medida que seguían llegando niños, el juego cambiaba, pasando del monito a algún partido, cuando ya éramos suficientes. Así eran los fines de semana y las horas que nos quedaban libres después de la escuela.

En la esquina de Koch y Termópilas tenían sus viviendas tres futbolistas en actividad: Emilio *Cococho* Álvarez, de Nacional, y José *Pepe* Sasía y Edgardo González, de Peñarol. A veces desandaban el repecho hacia Propios y pasaban por donde nosotros estábamos enfrascados en alguno de nuestros juegos. Cuando veíamos que venía Cococho, preparando la sonrisa y su «¿cómo andan?», nos sentábamos en el cordón de la vereda y apenas nos animábamos a contestarle con algún gesto. Lo mismo hacíamos cuando el que pasaba era el Pepe Sasía, con sus remeras coloridas que nos impactaban, o cuando llegaba Edgardo González, con su andar cansino y su majestuosa seriedad. En esos momentos fui reconociendo mi capacidad de admiración hacia las personas y los hechos que habían protagonizado.

Creo que es un íntimo privilegio haber sido testigo de esas silenciosas pasarelas y un tesoro guardarlas en la memoria para siempre.

Mi padre trabajó en Subsistencias y a veces yo lo acompañaba. Recuerdo uno de los galpones en los que acopiaban la mercadería, en la Ciudad Vieja, por la calle Piedras. O en su última etapa en la empresa, en Suárez y Gil. Yo me trepaba a las estibas de bolsas de lino, con su aroma inconfundible que se me quedaba prendido de la ropa, y cuando esos camiones pasaban por mi casa yo no necesitaba verlos para saber qué llevaban, me alcanzaba con sentir el olor que dejaban a su paso. Buena parte de esa mercadería se vendía a granel en las ferias, después, mucho más barata de lo que podías conseguirla en otro lado.

También estaban los expendios municipales, que vendían leche barata. Mi madre se levantaba a las seis de la mañana para ir a buscar la leche. Estoy hablando de una presencia tangible del Estado en la vida de las personas que más lo necesitaban.

La primera vez que me llevaron al estadio Centenario yo tenía ocho años. Fue en 1955 a ver un partido entre Nacional e Independiente por un torneo de verano. Me llevó un primo de mi padre. Caminamos unas cuantas cuadras para tomarnos el 174. El entrenador de Nacional era Ondino Viera. Aquel gran equipo de juveniles de Nacional ganó 6-0.

Al año siguiente vi a Uruguay salir campeón en el Sudamericano. Otro tío me llevó al talud y vi desde allí el 2-0 de Óscar Omar Míguez ante Perú, aunque en realidad vi más su festejo que el gol en sí. Míguez hizo el gol y salió corriendo, saltó uno de los bancos de piedra que estaban junto a los arcos y se acercó al tejido, todavía con el grito de gol en la boca, mirando hacia la Colombes. Para un niño de la edad que yo tenía entonces, hay mucho de misterio en una imagen tan poderosa como esa, que conjuga alegría, euforia y alivio, un grito que se multiplica y se pierde entre otros tantos miles de gritos, hasta que parecen ser otra cosa, un ventarrón, una fuerza de la naturaleza. Míguez fue elegido como el mejor jugador de ese torneo.

Después empecé a ir por mi cuenta, con mi barra de amigos. A veces caminábamos desde el Cerrito, por Propios hasta avenida Centenario, y desde ahí hasta el estadio. Aprovechábamos aquella disposición que decía que un mayor podía entrar a dos menores. Así que buscábamos a algunos muchachos que estuvieran solos y les decíamos: «Mocito, ¿no me entra?». La mayor parte de las veces íbamos a la Olímpica. La emoción más grande la sentía al subir la escalera y salir a esa inmensidad, como una bocanada, un espacio que se abría a todas las posibilidades.

Recién a los diez años tuve libros de mi propiedad. Mis primeras lecturas pasaban por las revistas de historietas y por las que salían en los diarios. *El Diario*, por las noches, y *El Día* en las mañanas de domingo. El primero

se dividía en dos partes: la inicial era la que mi padre leía primero, y la segunda —la parte «de atrás»— era donde estaban las noticias del fútbol y las historietas. Esa era la parte que yo leía hasta que se la devolvía a mi padre.

A partir de cuarto año escolar cada viernes volvía a casa con algún libro de la biblioteca del aula que debía devolver el lunes. Yo me siento representante de la cultura popular e igualitaria que nos daba la escuela pública: en mis años de escolaridad, la Escuela 87 de la calle León Pérez entre Juan Arteaga y Francisco Figueredo, en el Cerrito de la Victoria.

Yo notaba que mi padre era una persona muy respetada. No era de mucho hablar y rara vez mantenía largas conversaciones. Recuerdo que una vez, estando en cama por una fiebre que me había impedido ir a la escuela por algunos días, mi padre volvió del trabajo y desde la puerta dijo: «Tomá», y empezó a tirar libros sobre mi cama. Un libro, dos, tres, cuatro libros. Todos de Julio Verne. Recuerdo ese momento de alegría y mi emoción. Ahora que ha pasado tanto tiempo, tanta vida desde aquel momento, reflexiono que aquel gesto de mi padre significa que me conocía, que pensaba en mí y que me quería.

Pienso ahora en un dibujo al carboncillo que mi hermano Walter hizo a partir de una foto en la que estoy con nuestro padre. Yo tendré poco más de un año. Y voy caminando —me imagino que con paso titubeante— hacia una pelota que está en primer plano, y mi padre aparece detrás de mí, atento, cuidando que no me lastimara. No suelo colgar imágenes mías en las paredes, pero ese dibujo sí, porque en cierto sentido ahí empezó todo.

Uno tiene que conocerse, y yo hace ya mucho que me definí para mí mismo: nunca fui el mejor en nada, nunca fui el más rápido ni el que mejor jugaba al fútbol, nunca me destaqué de manera excepcional por encima de los demás en ninguno de los grupos de los que formé parte. Me gustaba jugar adelante, pero allí no pasaba nada conmigo, hasta que un día en el club del barrio me pusieron de lateral y al tiempo empecé a agarrarle el gusto a jugar de defensa central. No fui ni el mejor ni el peor. Uno de mis primos, Miguel Ángel, que murió hace mucho tiempo ya, era de esas personas que juegan bien a todos los deportes y que lo hacen con humildad y naturalidad, sin estridencias. Él fue mi gran referente durante mi niñez, un tiempo en el que la admiración y el afecto tienen una cualidad de cierta pureza indefinible.

Luego empezó a pasar el tiempo —o yo empecé a notar que el tiempo pasaba— y mis hermanos formaron parte de otro grupo, una barra propia, y la mía empezó a cambiar. Aunque no lo haya percibido del todo en aquel momento, lo sé ahora: se había terminado mi infancia, aquella etapa en la que el mundo que no compartíamos se reducía a la escuela, pero al volver estábamos siempre juntos.

Así fue que, con la llegada de la adolescencia, la barra de la calle Termópilas se fue disgregando: algunos se alejaron, otros llegaron y el centro de la actividad pasó a ser la esquina de Termópilas y Propios, donde había un bar que oficiaba como centro de actividades. El interior para los veteranos de la zona y la esquina como zona de la barra. Todavía compartíamos el fútbol jugando los domingos en el

club El Faro en la cancha de Cerrito y las salidas en grupo: a los bailes populares, los corsos, los tablados, las canchas, el Centenario.

Más adelante, aunque algunos continuamos frecuentándonos, ya teníamos otras actividades por afuera del grupo y los vínculos se fueron aflojando, perdiendo intensidad por el simple hecho de pasar menos tiempo juntos y tener menos actividades en común.

En 1959, de lunes a sábado me alejé por algunas horas de los paisajes cercanos del barrio para ir hasta la avenida General Flores y hacer viajes en ómnibus rumbo a las inmediaciones del Palacio Legislativo, donde comencé mis años liceales en el Liceo Héctor Miranda, cuyo edificio estaba recién inaugurado. Era placentero disfrutar de la funcionalidad del gimnasio, la cantina, los patios de recreos, el laboratorio y los salones de clase. Cursé los seis años allí.

De este modo, mi espacio geográfico habitual se fue ensanchando: al de la época escolar le siguió el de la etapa inicial en secundaria, y a este, el paisaje del Cordón, de 18 de Julio, donde participé de algunas sentadas por el boleto estudiantil, protestas que en ocasiones requerían todo lo opuesto a quedarse sentado, porque había que estar muy atento para huir del peligro que entrañaban los encargados de reprimirnos.

En el segundo año del bachillerato de Abogacía comencé a comprar mis primeros libros. Lo hacía en 18 de Julio entre

Ejido y Yaguarón. El lugar se llamaba «el subte», pues una escalera conducía a un subsuelo en el que había máquinas electrónicas de juegos. El caso es que en los bordes del vano de esa escalera había libros a la venta. Mi memoria los agrupa en dos categorías: los de la Unión Soviética y los libros de bolsillo de editoriales uruguayas y latinoamericanas. Eran muy económicos y no solo los leí y releí, sino que aún conservo muchos de ellos.

Más tarde, en los años 60 —el mayo francés, el tiempo del «hombre nuevo»— también comencé a concurrir a la Biblioteca Nacional, y todavía recuerdo mis sensaciones: la curiosidad y los sentimientos que me producía estar allí: su edificación, su iluminación, su atmósfera de paz y tranquilidad, su funcionamiento... Sentía que estaba en el lugar adecuado y que me encontraba haciendo algo muy importante para mi persona, para mi presente y mi futuro.

El primer día fue algo casi mágico para mí. Buscar en los ficheros las fichas de los libros que quería consultar, entregarlas en un mostrador donde el funcionario las ponía en un pequeño elevador que las llevaba hasta otro funcionario, quien buscaba los volúmenes y los enviaba a mi mesa. Así contado quizá parezca apenas un simple trámite administrativo, los mecanismos de la burocracia funcionando puntualmente, pero algo en mí me hacía pensar que no era así, que allí había una trascendencia que se escapaba a mi comprensión.

Mientras tanto, el fútbol, que hasta entonces había sido para mí un puro divertimento, comenzó a presentarse como una perspectiva más seria. Cuando jugaba en el club de barrio que se llamaba El Faro a mí me gustaba jugar adelante, como a cualquier chiquilín, pero en esa posición no pasaba nada conmigo. Un día me pusieron de lateral y después empecé a agarrarle el gusto a jugar de defensa central, que evidentemente era un rol que se adaptaba mejor a mis características.

Al tiempo, a mí y a otros jugadores de El Faro nos vinieron a buscar del Club Fraternidad, que estaba peleando el descenso en la categoría extra. Por ese entonces estaban la A, la B, la categoría intermedia y después venía la extra. Fuimos y nos salvamos del descenso.

En 1966 yo tenía diecinueve años y me citaron para formar parte de la preselección de la divisional Extra. Entrenábamos en la cancha de La Luz, allá por Propios y el arroyo Miguelete. Quedé seleccionado y gracias a eso jugué en los preliminares a todos los partidos de Uruguay de la Copa América de 1967. En el preliminar de la final ante Argentina jugamos contra la selección de la quinta división, así que después de perder 3-0 vi, desde la platea América, el triunfo de Uruguay por 1-0 con gol de Rocha. Más adelante volveré a hablar de él.

La disgregación de aquella barra de mi infancia me enfrentó, quizá por primera vez, a la soledad. Había perdido algo que hasta entonces había estado protegiéndome de ese

sentimiento. Más adelante conocí a Silvia. Fue en el año 67. Yo tenía veinte años y repartía mis días entre Magisterio y los entrenamientos en la tercera de Sud América, club al que hacía poco me había incorporado.

Mi ritmo de vida era muy exigente. Me levantaba tempranísimo, antes de las siete, para ir a clases. De tarde, entrenaba. Después iba al Cerro a ver a Silvia. Para cuando volvía a casa en el 306 o el 185 ya era medianoche, y todavía me quedaba estudiar para las clases del día siguiente. Pero yo podía con todo. Y eso es la juventud, al final, sentir que podés con todo. No me quejaba, ni siquiera me daba cuenta del esfuerzo que estaba haciendo, tal vez porque en ese momento la relación con Silvia me daba confianza, era un punto en el que yo podía apoyarme. Con ella podía compartir mi tiempo y todo lo que pensaba y sentía.

Sin embargo, hubo un momento, muy al comienzo de la relación, en el que pensé que la había perdido por culpa del fútbol. Jugando un partido entre semana con la reserva de Sud América contra Racing en el Fortín, salté a disputar una pelota y mi rival, cuando vio que yo le iba a ganar en el salto, se apartó y me quitó el sustento. Así que caí hacia atrás y me golpeé la nuca contra el suelo, que era durísimo, como darte la cabeza contra el asfalto de General Flores.

Como pude, me levanté y seguí jugando, pero no recuerdo nada de aquel partido, excepto que cuando íbamos saliendo de la cancha le pregunté al masajista, Arturo Pérez, cómo habíamos salido. Él se dio cuenta de que me pasaba algo: «Vení», me dijo, y me llevó al vestuario. Se ve que entonces me desvanecí, porque me desperté en una camilla

con hielo en la cabeza. Esa noche la pasé internado en traumatología. Estaba en observación.

El caso es que recién nos estábamos conociendo con Silvia y habíamos quedado de vernos en 18 de Julio. Ella iba a una academia donde estudiaba contabilidad y yo tenía que pasar a buscarla. En vez de eso, estaba en una cama de sanatorio y sin poder avisarle. Pensé: «La perdí». Recién al día siguiente pude ir a verla y le expliqué dónde había pasado la noche.

Desde el principio noté que ella me entendía, que hablábamos como si fuéramos uno, de proyectos, de lo que queríamos para nosotros, de lo que cada uno había vivido por su lado y de la vida que empezábamos a compartir. Nos casamos en el 69 y ella comenzó a trabajar en Fibratex, una textil que quedaba por Belvedere. Cuando Silvia cobró su primer sueldo nos compramos un tocadiscos. Todavía no teníamos ningún disco, pero ya teníamos el aparato. Luego conseguimos un disco de Franz Liszt —nos gustaba mucho *Sueño de amor*— y otro de Frank Chacksfield, un pianista y director de orquesta inglés.

Esa sensación de soledad que había tenido hasta entonces se disipó cuando la conocí. Y así empezó una historia, un recorrido de mucho tiempo, que dio lugar a una convivencia de cincuenta y seis años. Más allá de las circunstancias y las oscilaciones que hay en todo trayecto, seguimos andando juntos.